

LA IGLESIA CATOLICA ANTE EL V CENTENARIO: LAS POLITICAS CULTURALES IMPLICITAS

José Luis González Martínez

Introducción

Los regímenes políticos pasaron. Los Austrias cedieron el paso a los Borbones. El desarrollo interno de las fuerzas sociales de los pueblos colonizados por España, culminó en diversos procesos de independencia en los

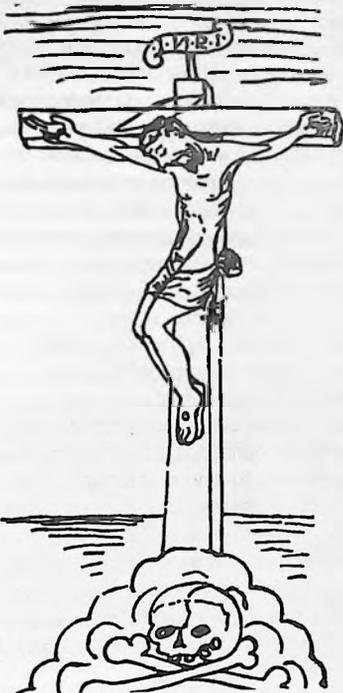
que los criollos llegaron al poder y los indios cambiaron de dueño. Unos blancos fueron remplazados por otros. Y pasaron 500 años de conquista, colonia, dominación y marginación. Pero también fueron 500 años de constante resistencia y de frecuentes procesos de insurgencia y rebeldía buscando una libertad perdida.

A lo largo de este camino de 500 años, la Iglesia Católica es la única institución que, ha perdurado como actor y testigo, en todos los territorios y en contacto con todos los pueblos que fueron víctimas de la conquista y actores de la resistencia. A los primeros conquistadores, casi siempre les acompaña un misionero: Cortés y Olmedo, Pizarro y Valverde se han convertido en parejas paradigmáticas de aquella ambigua alianza entre la espada y la cruz.

Quinientos años después del inicio de la presencia cristiana en América, la Iglesia Católica se apresta para realizar, un 1992, la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana en Santo Domingo, puerta de la Conquista y de la Evangelización de América. Pero la Iglesia, tanto por su posición al interior de la dialéctica social como por otros factores más estrechamente relacionados con su propia naturaleza institucional, ni fue ni es hoy día una entidad homogénea. Los 500 años de presencia en América no fueron un período de tranquilidad institucional; al menos, no en el comienzo ni en el final del proceso. Los diversos proyectos: Iglesia Indiana (pretensión milenarista franciscana), e Iglesia de las Indias (proyecto de implantar la iglesia institucional europea en América) que entonces enfrentaron a las Ordenes con los Obispos, a frailes con seculares y a Las Casas con Sepúlveda, llegan hasta hoy y reviven luchas internas, definiendo diversas posiciones ante la realidad latinoamericana y, especialmente, ante los pueblos indios.

En el presente trabajo pretendemos realizar un análisis de las posiciones que, dentro de la Iglesia Católica, se han venido perfilando en relación con el acontecimiento de los 500 años de su presencia en América. Nuestras fuentes para este trabajo han sido las siguientes:

a) Discursos de Juan Pablo II desde la convocatoria a la celebración del *Novenario de Años del inicio de la Evangelización de América* (en Santo Domingo el 12/X/84) hasta su reciente viaje a México.



b) Documentos del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), especialmente sus Boletines y su colección de separatas sobre el V Centenario.

c) Una muestra de documentos de Iglesias Nacionales a los que hemos tenido acceso: Argentina, Colombia, Cuba, México, Panamá y Perú.

d) Una serie de documentos de movimientos y grupos laicos provenientes de: Ecuador, México, Perú, República Dominicana, Uruguay y una declaración de los Jesuitas de América Latina.

Juan Pablo II y su coyuntura

La fecha en que se cumplen cinco siglos de presencia europea en América, coinciden con una coyuntura muy peculiar de la Iglesia Católica. Consideramos que esta *coyuntura católica* se convierte en



clave para poder comprender las actitudes institucionales frente al acontecimiento en cuestión.

Los componentes de esta coyuntura son, a nuestro entender, los siguientes:

El campo católico conoció un importante proceso de apertura y modernización en los años 60 con la experiencia del Concilio Vaticano II (1962-1965). Tanto en sus formas como en sus ideas, en su actitud frente a los problemas humanos, en la afirmación del antropocentrismo ideológico del cristianismo, en la libertad de investigación y de expresión etcétera la Iglesia Católica cambió y, en parte, se reconcilió con la cultura moderna. Esta transformación no fue sólo efecto de cierto maquillaje epidérmico sobre una institución surcada ya por los estragos del tiempo: también alcanzó aspectos mucho más profundos que tienen que ver con la comprensión de su propia naturaleza, el análisis crítico de algunos aspectos de su comportamiento histórico y un nuevo replanteamiento de su función en la sociedad. Este nuevo tono vital experimentó un giro de mayor profundidad en el catolicismo latinoamericano, en los años siguientes al Concilio: no bastaba con reconciliarse con la cultura moderna; era preciso comprometerse con las culturas conquistadas, colonizadas, dominadas y explotadas por esa cultura occidental. De este modo el compromiso de modernización, casi sin haber tenido tiempo de implementarlo, se convirtió para importantes sectores del catolicismo latinoamericano en compromiso por la liberación (Medellín, 1968). A esa opción asumida hay que endosarle el periodo de mayor creatividad y coherencia que el cristianismo haya tenido en este continente desde su llegada. A él pertenecen, entre otras cosas: los gestos proféticos y agónicos de Camilo Torres y Oscar Romero; el surgimiento y desarrollo de la *teología de la liberación* como expresión de una fe religiosa que, al comprometerse con la causa de los oprimidos, se convertía en esperanza movilizadora; y era la tortura y el martirio de muchos cristianos que llevaron su opción hasta el extremo de la fidelidad. Así, la nueva conciencia cristiana en A.L. pasó a ser "problema geopolítico" o, por lo menos, así fue vista por los "hombres del presidente" cuando preparaban la primera campaña de R. Reagan (Cfr. el Documento de Santa Fe).

Trece años después del Concilio Vaticano II, y diez más tarde de la importante Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968), llegó al pontificado Juan Pablo II (1978). Su elección fue sorprendente por muchos motivos, no tardó en dejar de manifiesto los que serían rasgos característicos de su gobierno: Hacia dentro, una clara intención restauradora de la institución y de sus valores disciplinarios tradicionales; hacia fuera, junto con cierta sensibilidad social, una actitud dura frente a los socialismos reales y ante el secularismo de la cultura moderna. Su gran instrumento ministerial: los llamados viajes pastorales por todo el mundo.

Las libertades logradas fueron restringidas, los procesos de creatividad fueron frenados, a los militantes más comprometidos se les ha "aconsejado" prudencia, los teólogos de avanzada han sido censurados o puestos bajo sospecha, las conferencias episcopales nacionales más emprendedoras (Holanda, España, Perú, Brasil, etcétera, o han sido o están siendo controladas y, más recientemente, la dinámica Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR) ha tenido que aceptar dirigentes impuestos desde el Vaticano. La involución ha llegado y se ha instalado. Es la coyuntura de Juan Pablo II.

Enfoques y actitudes

Después de nuestro recorrido por la documentación —necesariamente parcial— a la que hemos tenido acceso, nos parece detectar tres diferentes formas de enfrentar el acontecimiento del V centenario al interior del mundo católico:

Posición oficialista

Sus representantes oficiales son el Papa, el Vaticano y las iglesias jerárquicas locales.

El 12 de octubre de 1984, en Santo Domingo, Juan Pablo II declaró inaugurada la etapa de preparación solemne para la celebración del V Centenario de la evangelización de América.

"La Iglesia comienza hoy... una novena particular. En el período de nueve años que nos separan de la fecha del descubrimiento de América... Esta fecha marca también... la del



comienzo de la fe y de la Iglesia en este continente. El mismo Dios que dijo "de las tinieblas brille la luz" ha hecho brillar su luz en nuestros corazones... Cuántas gracias hemos de dar a Dios porque los predicadores del Evangelio cumplieron su misión en este espíritu (y no falseando la Palabra de Dios, como dice en el párrafo anterior).

En esos términos se inauguraban los tiempos de preparación para la celebración del V Centenario. El acontecimiento se relacionaba con los más fundamentales y fundante de la mitología cristiana: la creación del mundo. La transformación y cambio del curso histórico que los pueblos americanos experimentaron bajo la acción de la "conquista espiritual" se compara, ni más ni menos, que con la densidad de un acto creador. De este modo, se lanzaba al vuelo el triunfalismo festivo que implica la conmemoración del acontecimiento para los estamentos oficiales del catolicismo.

El día anterior a su partida hacia Santo Domingo, en Zaragoza (España), Juan Pablo II había dicho: "La evangelización de América

constituye una de las páginas más bellas en toda la historia de la evangelización llevada a cabo por la Iglesia". Por eso, el V Centenario "es una cita a la que la Iglesia no puede faltar" (10-X/84).

La forma en que el Papa y la Iglesia Católica jerárquica entienden el V Centenario, aunque por momentos hace alusión rápida a ciertas deficiencias históricas en las que se incurrió, básicamente se encamina al acontecimiento como a una cita festiva que constituye la oportunidad para recordar momentos gloriosos de su historia. Realmente no hay ningún esfuerzo por descender del Olimpo de los Dioses a la Tierra de los Hombres, ni para realizar una sana crítica histórica de sus pretensiones de entonces, los medios empleados y los frutos obtenidos. Se diría que, con Juan Pablo II, el mundo católico retrocede a aquella visión agustiniana de la historia en la que todo el futuro se confiaba a la Providencia y el pasado se interpretaba como resultado de la sabia conducción de la misma. De todas formas todo está bien y la única reacción digna del creyente debe ser el agradecimiento. Aproximadamente estamos regresando al pensamiento de López de Gómara para quien la empresa del "descubrimiento de Indias" realizada por los españoles es "la mayor cosa después de la creación del mundo sacada la encarnación y muerte del que lo crió..." (López de Gómara: 1946).

En esta perspectiva, el V Centenario se interpreta eclesiocéntricamente, desde la misión impostergable de la Iglesia que debió y todavía debe predicar el Evangelio. Ese es su timbre de gloria. Gracias a que estuvo a la altura de aquel desafío histórico, hoy América es cristiana.

La evangelización de A.L. estuvo muy entrelazada con la conquista y colonia de estas tierras. Hubo errores, pero también hubo momentos de grandes luces, y la mayor riqueza que se nos dio fue nuestra fe en Cristo... Por eso la Iglesia de Panamá, junto con toda la Iglesia del Continente, al cumplirse en 1992, el V Centenario de haber llegado la Cruz de Cristo por primera vez a nuestras tierras, quiere emprender una nueva evangelización, reafirmando la herencia recibida: la Palabra de Dios (CELAM: 1989)

De esta forma las iglesias nacionales se han venido incorporando al proyecto del Papa. Se diría que la clave de interpretación de la historia para este ambiente "oficial" es muy simple: todos los procesos que terminaron en cristianización de los pueblos, son positivos, dado que así



es como avanza la *ciudad de Dios*, según el esquema de la teología de la historia de San Agustín. Los acontecimientos lamentables, o hay que endosárselos a los representantes de la *ciudad de los hombres*, o fueron males necesarios encaminados al bien absoluto. Vistas así las cosas, el V Centenario será una fiesta y la celebración de un triunfo. Desde este esquema no hay lugar para una autocrítica profunda a partir de la suerte *histórica, humana y material* que sufrieron los pueblos que fueron cristianizados. Parece olvidarse que la conquista espiritual que perseguía la salvación de las almas, se produjo como parte de una conquista, sometimiento y destrucción de los cuerpos y de toda la vida de los pueblos; y

parece olvidarse que esto no fue consecuencia sólo del comportamiento de los soldados sino también del de muchos misioneros y eclesiásticos en general.

Aunque en este enfoque oficialista, falta una revisión crítica seria de la actuación histórica del cristianismo en América, sí hay algunos elementos en los que se ejerce una crítica de lo que podríamos llamar resultados institucionales poco satisfactorios. La iglesia Católica siente que no ha sido lo suficientemente eficaz en la configuración cristiana de los pueblos latinoamericanos. Deficiencias pastorales históricas y la ofensiva de factores modernos (secularización, agnosticismo, etcétera) han producido, como consecuencia, un debilitamiento de la influencia cristiana en la sociedad. Estamos en un campo en donde el suelo es un poco movedizo: no es fácil saber si los lamentos surgen de un celo apostólico que desearía que los más nobles valores cristianos imperasen en las relaciones sociales o si la insatisfacción es producida por la añoranza de otras épocas en las que el peso social que la institución eclesial se hacía sentir

con mucha más fuerza y rigor, y no precisamente porque los auténticos valores cristianos fuesen el distintivo de las relaciones de la jerarquía católica con su pueblo.

Es, precisamente, de ese espacio de discreta autocrítica y frustración institucionales, de donde surge el gran proyecto de respuesta a la coyuntura: la Nueva Evangelización. La Iglesia de Juan Pablo II se dispone, con todos sus medios, a realizar una gran ofensiva de recristianización de América y a esa empresa convoca a todas las iglesias nacionales. En su visita al Perú (1985), repite la convocatoria a una Nueva Evangelización que deberá ser nueva por su ardor, por sus métodos y por sus formas de expresión (amor, sencillez y alegría). Y en esa ocasión expresa la razón profunda que tiene la Iglesia para emprender esta nueva ofensiva evangelizadora:

Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios pero, al fin y al cabo, sin Dios, no puede menos que organizarla contra el hombre (Rev. Páginas: 1987).

Una nueva evangelización en nuestros días deberá infundir en los hijos del Perú esa aspiración a la santidad, así podrán superarse las tentaciones del materialismo que amenaza... Esa nueva evangelización habrá de redescubrir y potenciar aquellos valores cristianos grabados en la fe del pueblo; para que puedan ser respuesta a las situaciones y exigencias nuevas de nuestro tiempo; para que hagan de el Evangelio la fuerza motriz hacia la ayuda al hermano más necesitado, visto en su dignidad de hombre y de ser llamado al encuentro con Dios (Juan Pablo II: 1985).

La misma Iglesia Católica cubana, que ha estado bastante al margen de la evolución del catolicismo latinoamericano, convocó, el 29 de junio de 1989, a preparar la visita del Papa y a entrar en la dinámica de la Nueva Evangelización:

Nosotros hemos dicho que Su Santidad Juan Pablo II es el misionero infatigable que convoca a la Iglesia a una nueva Evangelización que prepara la llegada del año 2,000. En América esta preparación está encuadrada por el V Centenario del comienzo de la evangelización... Por esa razón deseamos proponer a nuestra Iglesia de Cuba... la renovación del espíritu misionero... (Carta del Episcopado Cubano: 1989).

Pero no se piense que la Nueva Evangelización de Juan Pablo II sólo pretende la recristianización de la sociedad. En realidad se trata de todo "un proyecto de Iglesia": *hacia fuera* los objetivos son frenar el avance de las sectas y de otras confesiones religiosas, así como el contrarrestar los efectos desacralizadores del agnosticismo, indiferentismo y secularismo de la cultura moderna. La religión cristiana y católica como gran fuerza orientadora del comportamiento personal y social; *hacia dentro* lo que se pretende es restaurar una Iglesia cohesionada, unida, disciplinada, uniforme y unitariamente gobernada por el Papa. Una iglesia en libertad condicional; la "condición" es la lealtad y sumisión al Papa.



Una perspectiva católica e indigenista

Dentro de la dinámica de preparación y toma de posturas hacia el V Centenario se ha ido perfilando una actitud que bien podríamos llamar "indigenismo católico". La expresión —aunque puede parecer extraña e inaceptable para los medios antropológicos— permite recoger una corriente de pensamiento y de praxis real, aunque no mayoritaria, dentro del catolicismo. Ciertamente se trata de los sectores más sensibles a las culturas indígenas de ahora y también más críticos respecto a la actuación católica y a los pueblos indígenas que enfrentaron la invasión europea en el siglo XVI. En todo caso, se trata de una toma de posición que proviene tanto de pensadores y pastores *pro-indigenistas* como de grupos indígenas más o menos incorporados al cristianismo.

En esta perspectiva lo que predomina a la hora de enjuiciar el V Centenario es lo siguiente:

— En el acontecimiento hay poco o nada que celebrar.

— El V Centenario debe ser una oportunidad especial para reactualizar las demandas históricas de los pueblos indios de América.

— Se repudia una Conquista genocida que de varias formas se ha perpetuado hasta el día de hoy.

— La Iglesia fue corresponsable de los hechos de violencia que acompañaron a la conquista material y espiritual, y por consiguiente, responsable también de la desintegración cultural concomitante.

— La Iglesia tiene el deber de respetar las culturas indígenas y de permitir un cristianismo incultrado y no colonizador.

Líderes de 30 pueblos indígenas provenientes de 15 países de América Latina, al finalizar, en Quito, la II Consulta Ecuaménica de Pastoral Indígena Latinoamericana, el 6 de julio de 1986, suscribieron un importante *manifiesto indígena* contra las celebraciones del V Centenario del Descubrimiento y de la Primera Evangelización de América.

En este contexto los pueblos indígenas representados exigen:

a) "El cese de una evangelización y pastoral de alianza con el sistema dominante, genocida y etnocida de indígenas y demás sectores oprimidos de la sociedad envolvente".

b) "Práctica de una auténtica evangelización" que para los firmantes implica compromiso con sus luchas y respeto hacia sus creencias y prácticas religiosas.,

c) Unión de las Iglesias *contra la penetración de las sectas* "destructoras de nuestras culturas" (Manifiesto: 1986).

Y termina el manifiesto proclamando la esperanza de que sólo la unidad de las múltiples

nacionalidades indias entre sí y con los otros sectores oprimidos, podrá llevarles a la autodeterminación y liberación.

Es claro que para este enfoque "indigenista", el triunfalismo oficialista no tiene ni sentido ni coherencia. La crítica histórica que se ejerce es desde la propia historia de los pueblos indios, y es en esa memoria donde aparece la actuación condenable de la misma Iglesia, en cuanto parte de la conquista y de la opresión. Dado que entre los participantes de este indigenismo existe una conciencia de pertenencia a la Iglesia Católica, el repudio a las celebraciones del V Centenario alcanza a la misma Iglesia a quien desde sus propios valores fundamentales, se la juzga y se la condena en su

actuación histórica, es decir, en su participación en la destrucción de los pueblos indios.

En el Encuentro Nacional de Laicos, celebrado en Bogotá del 9 al 11 de julio de 1987, Bigdini Abadio, indio cuna, tuvo una intervención que bien puede tomarse como ejemplo de la voz de los pueblos indígenas que, aun reconociendo su vinculación a la Iglesia Católica, fijan su posición ante el V Centenario en términos muy diversos del enfoque oficialista:

Una celebración ignorando los 500 años de atropello a nuestros indígenas es pecaminosa, es inmoral. Hacerlo ignorando la realidad actual de nuestros pueblos, que tenemos problemas de tierra, o con tierras amenazadas, agredidos econó-



mica, política y socialmente, es repetir de nuevo los crímenes cometidos por los españoles hace 500 años.

En la misma República Dominicana, donde Juan Pablo II dio la partida para las celebraciones del V Centenario, se alzan voces discordantes desde el interior del catolicismo. El movimiento de Reflexión y Acción del V Centenario llama la atención frente a la "cruzada internacional" de gobiernos, iglesias, burguesías, tecnócratas y cientistas sociales que se preparan para "celebrar en grande" los 500 años. Convoca a la lucha en contra de esa patraña y exige "una táctica que reivindique el espíritu de rebeldía y lucha de nuestros aborígenes contra el invasor español... para derrotar en el presente la dominación, el atraso y la dependencia imperialistas..."

Pero en esa lucha, en este V Centenario también hay que promover las demandas históricas de los miles y miles de aborígenes que en el Continente sobrevivieron al etnocidio, la masacre y el genocidio de la civilización occidental y que hoy levantan reivindicaciones por su plena autodeterminación como pueblos (Movimiento: 1988).

Dentro de esta misma posición indigenista frente al V Centenario, deben situarse, en México, las acciones y publicaciones del CENAMI. Esta institución, anteriormente dependiente del episcopado católico mexicano, publica una importante colección titulada "A 500 años: Fuentes documentales para apoyo de la reflexión". Algunos de sus títulos son por demás sugestivos: *El maíz, fundamento del pueblo mesoamericano, Bartolomé de las Casas, Profeta de los pobres, Motolinía, defensor de los indios*, etcétera.

La postura del CENAMI en estos documentos, es clara: "En la conmemoración de estos hechos no es suficiente seguir escuchando la misma voz que viene de la versión oficial de la historia. Hace falta abrir los oídos a la voz de quienes perdieron la guerra y quedaron silenciados por la estructura dominante" (Cenami:1989).

Dentro de esta misma dinámica debe situarse la convocatoria y celebración del Taller



Encuentro Latinoamericano de Teología India organizado por el mismo CENAMI del 17 al 22 de septiembre de 1990 en México.

Desde la liberación de los pueblos

Al comienzo de este trabajo mencionábamos el hecho de que, a fines de los 60, se configuró dentro del catolicismo latinoamericano, un importante movimiento de acción y de reflexión sobre la teología de la Liberación. En realidad era mucho más que una teología: era una praxis reflexiva y un compromiso militante que reubicaba a las bases católicas dentro de la estructura social. Por eso el movimiento fue razón de esperanza para las masas oprimidas y creyentes, motivo de preocupación para los custodios del *statu quo* y objeto de observación para los curiosos.

Esta corriente se definió muy pronto ante los programas de conmemoración del V Centenario, aunque, con matices diversos según los

lugares. Trataremos de resumir las principales ideas en las que se da cuenta de su postura.

Se parte del análisis crítico de la actuación histórica de la Iglesia en este continente. Pero este análisis se hace desde abajo, desde los vencidos de entonces y oprimidos de ahora: "como si fuésemos indios", al decir de las Casas, citado por G. Gutiérrez.

Un modo de reconocer al otro en sus raíces históricas es tener al interior de los actos a realizarse con motivo del Quinto Centenario celebraciones penitenciales. No se trata de actitudes masoquistas, finalmente autosatisfactorias e infecundas. Ocurre que nadie escapa a la responsabilidad de lo que vivieron, y viven los pobres y que el modo cristiano de asumirla es pedir un humilde perdón a Dios y a las víctimas de la historia por nuestras complicidades... (Gutiérrez: 1989).

Pero en esta perspectiva no sólo se tiene en cuenta a los pueblos indios. A éstos se les ubica en el horizonte más amplio de los pueblos oprimidos y explotados. No se trata de enjuiciar la injusticia que ocurrió en la Conquista sino la injusticia que comenzó entonces y se extiende hasta hoy en otros sujetos históricos. Se procura evitar "la huida al pasado" y una memoria nostálgica. No se puede caer en anacronismos, como advertía J.C. Mariátegui:

La Conquista, mala y todo, ha sido un hecho histórico... Contra los hechos históricos poco o nada pueden las especulaciones abstractas de la inteligencia ni las concepciones puras del espíritu... En cuatro siglos se ha formado una realidad nueva. La han creado los aluviones de Occidente. Es una realidad débil pero es, de todos modos, una realidad. Sería excesivamente romántico decidirse hoy a ignorarla (Gutiérrez: 1989).

Esta perspectiva "realista" tiene pleno sentido en los intereses primordiales de este enfoque, ya que si se apela a la memoria histórica es en función de la situación presente y de la solidaridad con los pobres y oprimidos de hoy. Y así lo expresan los diferentes exponentes de este modo de ver el V Centenario.

El Encuentro Latinoamericano y del Caribe por la Solidaridad, Soberanía, la Autodeterminación y la Vida de Nuestros Pueblos, en Quito, el 20 de noviembre de 1988, expresaba su posición así:

Llevamos 500 años al servicio del progreso de los antiguos y nuevos colonizadores y hoy el imperialismo pretende resolver su propia crisis a costa de nuestros pueblos llevando a la mayoría de países a un proceso de inflación con recesión (Declaración:1988).

Una vez precisado el diferente sentido que esta corriente concede al V Centenario, hay un punto importante ante el que se toma posición. En la visión oficialista, V Centenario y Nueva Evangelización están estrechamente unidos. A la corriente de Teología de la Liberación le preocupa, con toda razón, lo que podrá ser una Nueva Evangelización

implementada, al fin del milenio, por una Iglesia que se resiste a ir hasta el fondo en la autocrítica de su actuación histórica en América. Por esa razón se trata de "ganar la interpretación" de la esa expresión tan querida de Juan Pablo II:

...en estas dos últimas décadas las experiencias, las reflexiones, los testimonios de muchos cristianos constituyen una gran riqueza para enfrentar esta tarea. La nueva evangelización del subcontinente comenzó en esos años. Es innegable que en ellos se ha afirmado una Iglesia que confronta con madurez la realidad en que debe anunciar el mensaje evangélico y ha nacido una nueva manera de ser cristiano. (Gutiérrez: 1989).

Muchos de los que hayan seguido la evolución del catolicismo latinoamericano de 1968 para acá, es probable que se sientan cordialmente identificados con esta interpretación que hace G. Gutiérrez. Muchos cristianos torturados, desterrados y desaparecidos (y no pocos teólogos y pastores silenciados, marginados y acosados por su misma Iglesia), son testigos de un nuevo modo de evangelizar y de dar cuenta de lo cristiano que surgió a fines de los 60, no como "programa de aniversario" sino como consecuencia de opciones auténticamente cristianas. A pesar de esa *simpatía* que el observador pueda sentir por esta "reinterpretación" de la Nueva Evangelización, tenemos que reconocer que Juan Pablo II no piensa en eso y no lo quiere. Es parte del proceso de involución que persiste en el catolicismo oficial.

Un hito importante en la configuración de esta posición "liberadora" lo constituye la *Declaración de Santo Domingo* de la CEHILA:

Conquista y colonización de América es un proceso de 500 años de invasión y opresión. Desde fines del siglo XV no ha cesado el despojo de la tierra y la destrucción de la naturaleza. No han cesado el genocidio, etnocidio, la destrucción de la cultura y la religión de los pueblos autóctonos... Víctimas de la llamada "conquista espiritual"

hemos vivido 500 años de una evangelización violenta y engañosa, ligada a los poderes coloniales y neo-coloniales... Se cernió sobre nosotros una teología de la muerte y una espiritualidad represora de los cuerpos (CEHILA:1989).

Como consecuencia de este reconocimiento de los hechos que marcan esos 500 años que algunos pretenden celebrar, se plantea la única actitud posible: "el sentido histórico del V Centenario apunta finalmente a las luchas populares del continente. Aviva nuestra memoria popular, el recuerdo de todas las sangres libertarias que han procurado rescatar vidas, culturas y religiones sojuzgadas".

Por todas estas razones solo cabe, por parte de la iglesia y los católicos, con ocasión del V Centenario, un acto colectivo de arrepentimiento y desagravio (Dussel: 1989), o en el decir de Monseñor Casaldáliga, "descolonizar y desevelizar" (J.M. Vigil: 1989).

Conclusión: la Iglesia y sus políticas culturales a corto plazo

Como siempre, los esfuerzos de clasificación terminan encasillando un tanto arbitrariamente las cosas. Somos conscientes y asumimos el precio que, obviamente, sólo se justificará el lector ha podido tener una visión más ordenada de la abundantísima literatura circulante sobre el tema.

A propósito no hemos querido detenernos demasiado en las implicaciones que cada enfoque tiene en cuanto a tratamiento de las culturas se refiere. Pero es claro que la relación Iglesia-Culturas es el eje principal en el binomio del V Centenario y de la Nueva Evangelización. De hecho, un análisis pormenorizado del punto nos llevaría demasiado lejos. Por esa razón optamos por presentar dichas implicaciones a modo de conclusión del trabajo.

Quienes seguimos de cerca el "discurso" de Juan Pablo II en su reciente visita a México, sabemos la preponderancia que el Papa concedió a la relación de la iglesia con la cultura (Varios: 1990). De hecho el tema es capital en el "proyecto" del Papa. Ahora bien, si la visión

oficialista tiene una política cultural explícita, las otras dos posiciones frente al V Centenario y a la Nueva Evangelización también han venido formulando posturas precisas sobre el tema.

En la coyuntura presente, la Iglesia Católica está primordialmente preocupada por sus relaciones con la cultura adveniente, que se aspira sea la cultura moderna, con menos agnosticismos, menos hedonismo, menos laicismo... más cristiana, es decir, reevangelizada. Claro que eso —si ocurriera— iría acompañado de una consolidación de la posición



social de la Iglesia. Los acontecimientos de Europa del Este y los reacomodos geopolíticos que de ahí se están derivando, han producido una hipersensibilidad del discurso de Juan Pablo II a la cultura occidental y a los espacios que, en ella, la Iglesia pudiera disponer. El escaso acento de las alocuciones del Papa sobre las culturas indígenas y los problemas en torno a la inculturación del cristianismo en una visita a un país indígena y multicultural como México, es, a nuestro juicio, aleccionados. Las "otras culturas" para la Nueva Evangelización son objeto de conquista espiritual, potencial sustento de la presencia social de la Iglesia, "muestra" de una Iglesia superficialmente católica. Pero, al menos este sector de la Iglesia Católica, no parece dar muestras de avanzar en lo que algunos consideran el verdadero desafío católico de fin de milenio: el surgimiento de una Iglesia (culturalmente) policéntrica (Metz: 1982). Para la Iglesia actual, Occidente sigue siendo su principal interlocutor. Así las cosas, tal parece que la Nueva Evangelización será tan colo-

nizadora como la antigua ya que algunos de sus "patrones" serán aquellos "Niños de Tlaxcala" que fueron beatificados por haber encontrado la muerte como pago por destruir su cultura.

Las culturas indígenas tienen que ser reconocidas con plena carta de ciudadanía en el campo católico; pero, además, la Iglesia tiene que ser también indígena. Esto inevitablemente llevaría a un debilitamiento del "centro" y un reconocimiento de la competencia de la "periferia" eclesial en la organización de su vida institucional. Lo que está en juego es mucho. Los representantes de estas posiciones piden que se les permita ejercer el derecho a un cristianismo inculturado. No puede haber evangelización cristiana que pase por la destrucción de las culturas. Pastoralmente hablando, la reivindicación militante de las culturas indígenas se convierte en un modo de vivir el compromiso cristiano y un medio de practicar una evangelización descolonizadora y, por consiguiente, culturalmente católica.

Las culturas indígenas son una parte de las culturas de los pueblos y grupos explotados. Por esa razón, el enfoque liberador ubica lo indígena en contexto de compromiso por la liberación de los pueblos en general. De hecho esta corriente tuvo, en sus inicios, verdaderas dificultades para manejar las categorías étnicas y culturales dentro de sus compromisos en el movimiento popular. No ocurre lo mismo en la actualidad, al menos en la mayoría de los casos. En esta perspectiva lo que se reclama no es sólo la inculturación del cristianismo en las culturas indígenas sino la autocomprensión de toda la Iglesia "desde abajo", desde la práctica creyente de los pobres organizados. Un modo privilegiado de esta organización eclesial de los pobres son las Comunidades Eclesiales de Base, espacio en el que se produce una verdadera *eclesiogénesis*, vale decir, se reinventa la Iglesia (Boff:1979). Es la cultura y la práctica de los pobres el lugar social y teológico desde el cual la Iglesia debe entenderse y reestructurarse como "evangelizadora" (portadora de buenas noticias) para los pobres. La Nueva Evangelización es aquella que ejercen los pobres sobre la Iglesia.

Bibliografía

- Abadio, Bigdini, *El cielo se oscureció pero seguimos sobreviviendo*. Participación en el Encuentro Nacional de Laicos, Rev. Solidaridad número 89, Bogotá, 1987.
- Aliaga Rojas, F., "La Evangelización en América", *La Revista Católica*, número 1076, Santiago de Chile, 1987.
- Boasso, F., "Descubrimiento de América Latina: Significado y celebración", *Revista Nexo*, número 8, Montevideo, 1986.
- Boff, L., *"Eclesiogénesis. Las Comunidades de Base reinventan la Iglesia*, Sal Terrae, Santander, 1977.
- CEHILA, "Declaración de Santo Domingo". Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América Latina, 1989.
- CELAM, Boletín número 230, Bogotá.
- CENAMI, "El maíz fundamento del pueblo mesoamericano. Fuentes documentales para apoyo de la reflexión, México, 1989.
- Conferencia episcopal Argentina, *Líneas para una evangelización nueva.....* L'Osservatore Romano, 18 de febrero de 1990.
- Declaración de Quito, ALAI, diciembre 1988.

- Dussel, E., "Del Descubrimiento al Desencubrimiento", *Revista Reflexao*, número 34, Río Janeiro.
- "Descubrimiento o Invasión de América", *Revista Pastoral Popular*, número 192, Santiago de Chile, 1989.
- Episcopado cubano, *Carta Pastoral*, Documentación Catholique, París.
- Ferre, A.M., La ruptura de la Cristiandad India, *Revista Medellín*, número 43, Bogotá.
- Fomari, A., Ubicación geocultural latinoamericana, *Revista Nexo*, número 5, Montevideo.
- Gómez, L., La Iglesia en Hispanoamérica y su Historiografía, *Revista Tierra Nueva*, octubre, 1987.
- Gutiérrez, G., "Hacia el V Centenario". *Revista Páginas*, número 99, Lima, 1989.
- Juan Pablo II, Discurso pronunciado en Lima el 2/2/1985 ante el episcopado peruano.
- López de Gómara, F., "Hispania Victrix", primera y segunda parte de la *Historia General de las Indias*, BAE, Madrid, 1946.
- Manifiesto Indígena contra las celebraciones del V Centenario. Pastoral Popular, número 47, Santiago de Chile, 1986.
- Metz, J.B., "Hacia una Iglesia Policéntrica", *Páginas*, número 92, Lima, Perú, 1988.
- Morande, P., "Itinerario histórico doctrinal de la caridad en América Latina en los 500 años". *Revista Comunión y Liberación*, número 26, 1988.
- Movimiento de Reflexión y Acción del V Centenario., ALAI, diciembre 1988.
- Pirontio, E., "Una nueva evangelización para la construcción de una nueva sociedad". *Revista Páginas*, número 85, Lima, Perú, 1987.
- Storni, F., "La nueva evangelización en la América Latina y los jesuitas", CIAS, Año XXXVIII, número 388, Buenos Aires, 1987.
- Más allá de el Carisma. Análisis de la visita de Juan Pablo II*, varios autores, Editorial Jus, México, 1990.
- Vigil, J.M., "A los quinientos años: descolonizar y desevangelizar", *Revista Latinoamericana de Teología*, número 16, 1989.

José Luis González es profesor e investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH.